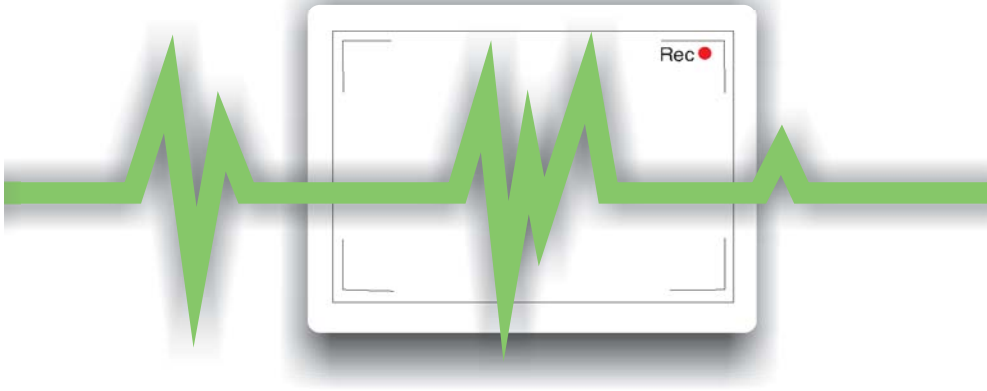


Riba de Castro



[www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net)

**PIRATA**

[www.piratacreative.com](http://www.piratacreative.com)



**[www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net)**

**Riba de Castro**







*Al amigo Claudio,  
Que se ausentó al desistir de ser.*





*Pensando en escribir,  
escribo lo que invento en pensamientos.*







¿Quién es ese crío que se ve como una sombra? ¿Qué se arrastra como un reptil cargando recuerdos? Es vida latente, pero lleva en las escamas la Muerte ineludible.

El multiartista Riba de Castro alberga dos virtudes-vertientes, la habilidad y la osadía para jugar con la Muerte y el amor desvergonzado por el poeta portugués, Fernando Pessoa. De esas vertientes han surgido obras que no respetan fronteras formales. Tanto es así que lo han llevado a la dimensión de escribir, después de largos años de obras y poemas visuales, en su marca Pirata.

En su tan firme caminata, de brazo con la Vieja Parca, involucra a los amigos, echo que me sitúa en la imponderable tarea de presentar este libro, su más reciente minueto sobre la Muerte. Así, por venganza amiga, hablo sobre su persona.

Su primera incursión (y también la mía) por los territorios de la Gran Cazadora, apenas rozó el destino de todo. La Muerte era el escenario. Un vagabundo, un cementerio,



un mausoleo abierto que le sirve de morada, las palabras de Pessoa y el sueño de ser actor. Así nació el corto “Territorio Libre”.

Después le llegó la vez al libro “Ventanas de mi Cuarto”, donde también firmó el diseño gráfico y las ilustraciones de una Lisboa desvelada en negra tinta china. Una vez más, estaban presentes el cementerio y las palabras en los muros, que llevan a un niño, con una máquina fotográfica y una ventana, a encontrarse con la poesía, de la mano de Pessoa, y con la Figura Siniestra y la plenitud. Pero aquí se abandonan las imágenes, se esconden las ideas.

En este libro, [www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net), el viaje nos lleva directamente hacia la Muerte, sin percances ni demoras. El texto es increíble en su capacidad de retener al lector con una descripción lenta y pausada de una vida donde los hechos ocurren en el plano de la reflexión. Uno acaba queriendo al personaje, de rara dignidad.

Riba de Castro crea obras metafísicas comiendo chocolates. Quizás su deambular incesante por Brasiles y Europas le haya robado la capacidad de traducir en palabras la cautivadora ironía que se complace en reír y gustar, y que se transformó en su marca personal tan sólida.

Quizás, al prestarse a la misión de escribir, la mano de aquel crío le traicionaba y lo atraía. Lo empujaba hacía los desvanes donde vive la Madre Perversa a la espera de su hora. Un improbable descompás. Increíble desencuentro, justamente en una obra donde el momento del



encuentro es siempre anunciado, aunque sea el encuentro del hombre con su Muerte.

Riba de Castro hace arte mágica. La Muerte suave, el horror tranquilo. Encuentro de opuestos. La sugerencia de la risa inadecuada, un llanto sin lágrimas, quieto riachuelo.

Eso solo puede ser cosa de un crío, o de su sombra.

Francisco Villela



*DIOS, una creación del hombre.*

*El hombre creó Dios a su imagen y semejanza. Autoritario, solitario, apresurado, vengativo y perezoso. La creencia es un sentimiento generalizado en casi todos los seres humanos. En todas las culturas que conocemos, el hombre ha tenido la necesidad de creer en algo superior. En general un ser del género masculino, con conocimiento y poderes, capaz de decidir acerca de todo y de todos. Creer en Dios no es una opción que la vida te ofrece. Se cree en Dios por cultura y por supuesto por la falta de cultura. Se cree en Dios por impotencia y por cobardía, por inercia, por miedo a la muerte, por miedo a lo desconocido y al dolor, sea físico o espiritual. Cuando se cree en Dios, se teme a Dios.*

*Pocos son educados para ser ateos y, una vez adultos, corren el riesgo de convertirse en creyentes y propagadores de su reconversión.*

*El verdadero ateo ha sido un creyente, pero con inquietudes y con la capacidad de creer en sí mismo, lo que acaba por transformarlo en un ser no creyente.*



*A Dios se le perdona todo.*

*Tenía Dios todo el tiempo del mundo para hacerlo, pero lo hizo en apenas seis días y en el séptimo lo dio por acabado. Trabajó una sola vez en toda su vida. Para ser más exacto: una semana de siete días y el último lo tomó para descansar. Por lo que me consta nunca más volvió a retocar su trabajo y hasta hoy todos reconocen y agradecen lo que hizo.*

*El hombre, Dios lo hizo en el último día, seguramente a última hora, después de mucho trabajo del cual hay de reconocer su perfección y belleza, como el sol, el mar, las estrellas, los verdes campos, los animales, un sinfín de cosas que si fueran detalladas llenarían innúmeras páginas. Pero, sin embargo, quizás por cansancio o desprecio, en el último día falló: Hizo el hombre a su semejanza. Solo después hizo la mujer, con muy poco protagonismo en toda esa historia; en cambio a mi me parece su mejor creación.*

Después de teclear la última palabra cogió el ratón, desplegó la ventanilla Archivo, guardando el escrito en la carpeta “Textos Perdidos”. Lo que hacía en realidad, no era más que “grafo-terapia”.

Machacó la colilla en el cenicero. Falta no hacía pues el cigarrillo ya estaba apagado. Solo sirvió para expulsar cenizas hacía la mesa. Un detalle más en el desorden de su mesa de trabajo. Desde la sala venía un sonido molesto del televisor. Una señal de final de emisión que se mezclaba con el sonido de la música que venía de la otra





habitación. Vivía sólo pero no acababa de acostumbrarse con el silencio que siempre acompaña la soledad. Buscaba compañía aunque fuera de los aparatos, manteniendo conectados el televisor, la radio, el aparato de música y el ordenador, con él que había tenido alguna dificultad al principio, pero ahora le sacaba un gran provecho.

Siempre le había gustado escribir, pero ahora más que nunca, quizá porque no tenía con quien hablar. Escribía sobre temas diversos que le interesaban y al terminar archivaba los escritos en el ordenador para después colgarlos en la red, en su blog.

Había perdido la costumbre de frecuentar las mesas de bares, las tertulias, las inauguraciones y las colas de cine. Los años, la jubilación y la pérdida de su compañera le habían apartado de sus amigos y también de su profesión. Con la familia ya no contaba. Los familiares que había querido ya estaban muertos y por los que seguían vivos no sentía más que indiferencia.

Vivía como un ermitaño, en una cueva que era su habitación. En los últimos años, su mundo casi se resumía a esa habitación que había sido su lugar de trabajo durante las últimas décadas. Estaba a gusto con la vida tranquila y solitaria que ahora llevaba. Ya había vivido muchos años, quizás demasiados, en diferentes sitios, diferentes geografías y había conocido muchas personas. A unas había amado, a otras, apenas conocido.



Debido a la facilidad que siempre había tenido para adaptarse a diferentes lugares y culturas, solía decir que era un ser sin raíces, pero con muchos frutos. A él, que



siempre había sido y continuaría siendo un creador, le gustaban más las hojas, las flores y los frutos, por su constante transformación, porque se podían ver, tocar o comer. Las raíces quedan bajo tierra, escondidas como el alma, insondables como los sentimientos.

De la infancia tenía buenos recuerdos. Miraba hacia atrás con ojos y corazón de niño. Siempre que hurgaba en sus más íntimos recuerdos, le invadía una melancolía de una felicidad perdida. Sentía una mezcla de tristeza y alegría porque solo ahora, después de mucho tiempo tenía la conciencia de una infancia en que era feliz y no lo sabía. Añoraba los juguetes que le habían hecho soñar, las representaciones teatrales de la época de escuela y los muchos libros que incluso antes de saber leer ya le fascinaban. Recordaba la casa de su lejana niñez como si fuera un álbum de fotografías, retazos de la memoria. Se acordaba de cada una de las ventanas de su casa, que le daban una visión de mundos diferentes; de los muebles pesados y oscuros que todos los sábados limpiaba y daba brillo la sirvienta; de la cocina donde escuchaba, a diario, las novelas radiofónicas haciendo compañía a su madre; de las tías viejas y de los primos que eran como hermanos, y que, con el tiempo y la distancia, dejaron de serlo.

Durante casi toda su vida, todo lo había hecho con mucha prisa, como si pensara que su vida sería corta, pero no fue así. Había vivido más de lo que imaginaba, o más de lo que hubiera deseado en sus sueños. Cuando joven protestaba porque el día tenía pocas horas, pero ahora le parecían demasiadas. Las horas le parecían muy largas y



pasaba las noches como los días, despierto. Tenía necesidad de llenar sus horas con sueños, proyectos para poder sentir la vida. No porque estuviera agarrado a ella por miedo a la muerte, y sí por una necesidad visceral, a la cual no buscaba explicación.



— ¡Hay que soñar para vivir! solía decir a sus amigos y colaboradores, cuando le preguntaban porque estaba siempre con nuevos proyectos.

Para desesperación de sus amigos más cercanos, ese discurso les parecía una gran contradicción. Se preguntaban como podía ser que alguien tan crítico con todas las cosas, con la visión tan pesimista y catastrófica que tenía de la sociedad, pudiera ser capaz de producir tanto, de crear, de soñar.

Era exigente y crítico con la vida y consigo mismo. Había sido un gran emprendedor y un apreciador de las artes. Amaba el teatro, el cine, la literatura y las artes plásticas. Había escrito, dirigido, producido, dibujado, pintado. Había hecho muchas cosas, pero siempre en pequeña escala, sin ambición. Pensaba que con la humildad se podía llegar a ser grande. Quizás había sido demasiado humilde para su grandeza creadora.

Tenía una buena calidad de vida, proporcionada por una renta originada de derechos de autor, algo que en su vida activa de creador profesional jamás hubiera soñado, y que para él era un verdadero premio de reconocimiento por su dedicación al sueño y a la creación.

Vivía en una gran urbe y tenía una rutina no usual en personas de su edad. No tenía perro, no alimentaba las





palomas, no frecuentaba plazas o clubes, tampoco hacia viajes con los grupos de la tercera edad. Odiaba los mercadillos y los supermercados. Casi siempre hacía sus compras en tiendas veinticuatro horas o por Internet.

El insomnio, su compañero de soledad en los últimos años, le había proporcionado una rutina distinta. Por la noche pasaba muchas horas en el ordenador y le gustaba salir de paseo ya entrada la madrugada. Mientras los demás parecían dormir, caminaba por las calles casi desiertas, encontrándose con borrachos, prostitutas, artistas y taxistas.

La noche le parecía el momento adecuado para situarse en el mundo. Siempre salía a pasear con la mirada atenta, como esperando una revelación, un hallazgo. Buscaba ver las calles como un mundo a parte, como si hicieran parte de una película. Sus ojos eran como el objetivo de una cámara, llevada por su director, como si estuviera grabando un documental con actores amateurs, en tiempo real. Recordaba que de joven, le gustaba mezclarse con la multitud por las calles más transitadas de la ciudad, mirando sus caras, sus ropas, las diferentes maneras de andar y construyendo diálogos absurdos, con las frases dejadas por los transeúntes a su paso.

Había aprendido a cuidarse, cosa que le costó muchos años. Tenía una buena apariencia y una salud estupenda que le permitía, a pesar de su edad, seguir fumando, bebiendo y soñando sin dormir.



En los bares, restaurantes, tiendas 24 horas o prostíbulos que frecuentaba durante sus paseos nocturnos, todos le



conocían pero nadie sabía quien era. Para aquellos que veían acercarse los años, era como un ejemplo a seguir. A todos les parecía un viejo noble y simpático. Era como una mezcla de Charlot y Malatesta, por su estructura física y su peculiar indumentaria. Gabardina, gorra y un bastón recién incorporado a su estética. Su pierna izquierda había empezado a fallar y tuvo la conciencia de que cuando una de las dos piernas falla, hace falta una tercera. Aunque tenía cierta dificultad en caminar, salía casi todas las noches, en cualquier estación del año, incluso en invierno, o cuando llovía, mantenía su hábito y, si mucho se apuraba, cogía un taxi.

A pesar de la apariencia de un veterano bohemio, mantenía una estricta y equilibrada dieta. Había aprendido con las mujeres a cuidarse y a escuchar cuando habla el cuerpo. Tenía la teoría de que los hombres casados vivían más que los solteros. Iban más al médico, empujados por sus mujeres; no practicaban deportes de riesgo, tenían una alimentación más equilibrada, gracias a la rutina familiar; y bebían menos, debido al control que ejercían sus parejas. Al más mínimo síntoma de una eventual enfermedad consultaba al médico. Eso sí, siempre por teléfono, pues odiaba las consultas. Se sentía como un animal cuando tenía que someterse a un examen médico y entrar en un hospital era como ir al matadero.

Su cuerpo había envejecido, pero su salud mental era impecable. Vivía completamente solo. Cuidaba de su casa, con la ayuda de una señora que venía cada quince días y que tenía terminantemente prohibido entrar en su cuarto





de trabajo y lectura, que por cierto correspondía a cincuenta por ciento del piso.

No le importaba, incluso le gustaba, dedicar algunas horas del día a limpiar y ordenar sus cosas, o incluso arreglar algo roto. Nunca entendió porque a los intelectuales no les gustaban los trabajos manuales. Él se sentía más artesano que intelectual. Aprovechaba los trabajos mecánicos o repetitivos para pensar y le daba placer descubrirse capaz de hacer algo nuevo y ajeno a su actividad profesional. Era un eterno aprendiz.

Su piso, situado en el corazón de la ciudad, era de los pocos en la finca que conservaba sus dimensiones originales. En los últimos treinta años había asistido a la transformación de la finca y al cambio de vecinos. Lo que originalmente era un palacio, con caballerizas incluidas, había sido transformado después en un edificio de viviendas con nobles escaleras y lujosos pisos, habitados por grandes familias. Más tarde aún, la mayoría de esos pisos fueron subdivididos para crear pequeños estudios de cincuenta metros cuadrados, donde vivían jóvenes solos o parejas sin hijos.

Por la importancia que daba a lo que había hecho y vivido en tantos años y su manía de guardar, catalogar y archivar todo, había transformado su casa en un homenaje a sí mismo.

Era un narcisista al que un espejo no hacía falta, puesto que había fotografías suyas por toda la casa. Empezaban en el recibidor con fotos en blanco y negro de su infancia y seguían por todas las paredes, en una ordenada





secuencia, llegando a la habitación de trabajo donde estaban las fotos más recientes.

En un rincón de la sala estaban los recuerdos de sus trabajos de cine. Su primera filmadora, un proyector Súper-8, aún en perfecto estado, otras cámaras y proyectores, y un par de estanterías con latas de originales y copias de sus películas. El rincón opuesto estaba dedicado a la literatura.

En un antiguo mueble del siglo dieciocho, restaurado por él, estaban guardados lo que él solía llamar de las “joyas de la corona”. Sus autores predilectos, sus maestros, todos leídos más de una vez. Con ellos había aprendido a soñar y a escribir. La parte inferior del mueble estaba reservada para sus propias ediciones de libros, revistas y periódicos. A lo largo del pasillo que llevaba a las demás habitaciones, una gran estantería contenía una cantidad de discos de vinilo de treinta y tres rotaciones, debidamente colocados en orden alfabético.



Además de su paseo nocturno, hacía también otra salida diaria, siempre cerca del medio día, hora en que había menos gente, y menos coches en las calles, cuando aprovechaba para recoger el periódico. Leer el periódico a diario, escuchar las tertulias radiofónicas y ver las imágenes en el telediario — muchas de ellas en directo, con noticias de guerras, catástrofes naturales, ayudas humanitarias que nunca llegaban, intervenciones bélicas en nombre de la paz — le hacía pensar que tenía razones de sobra para aislarse en su particular mundo y buscar en sus recuerdos y en la música, su armonía con la existencia.



Pero no únicamente sus recuerdos le proporcionaban buenos momentos. También disfrutaba viviendo el presente a través de la red. Participaba de forums, contactando con gente de varios sitios, recibía a diario innúmeros correos electrónicos sobre los más diversos temas y también realizaba muchas gestiones burocráticas y bancarias por Internet. Ese innovador lenguaje le había cautivado, le había reciclado. Hoy por hoy nadie en su edad era un usuario de Internet y de la informática como él. Además de disfrutar con ello, pensaba que esa afición a la informática hacía con que sus neuronas se mantuvieran en constante ejercicio, retrasando así su inevitable deterioro. De hecho, esa actividad mental sumada al hábito que tenía desde hace años de hacer ejercicios diarios y largas caminadas por la ciudad, lo mantenían en forma e incluso le harían olvidarse de su edad, si no fuera porque empezaba a tener lagunas de memoria.

En las últimas semanas, más de una vez, había tenido que volver a casa en taxi, no porque hiciera mal tiempo o porque su pierna izquierda le molestara, sino porque se había perdido por la ciudad sin poder encontrar el camino de vuelta a casa.

Al principio no le dio importancia, puesto que siempre había tenido dificultad en orientarse. Aún viviendo en una ciudad durante muchos años, solía perderse alguna vez. Su preocupación empezó la noche en que, al verse perdido, decidió coger un taxi y no se acordaba de su dirección. Su salvación fue encontrar en su cartera un par de tarjetas personales, que, por cierto, no utilizaba





desde hacía muchos años. En este momento se dio cuenta que no se trataba de un olvido eventual.

Aquella noche no había bebido una sola gota de alcohol y la marihuana, que en el pasado decían ser la causa de algún olvido temporal, hacía muchos años que no fumaba. Había abandonado su cultivo en el invernadero en la terraza, que ahora servía de nido de amor para las palomas. Al día siguiente no olvidó de coger la agenda, nada mas levantarse, para buscar el teléfono de su médico de cabecera.

Cada vez que pedía una consulta, ya solía tener su propio diagnóstico y, casi siempre, acertaba. Le gustaría equivocarse esta vez, pero tenía una amarga sensación.

En los últimos años hacía sus consultas por e-mail utilizando la excusa de la edad, de vivir solo y por supuesto la dificultad de moverse. No podía dejar de aprovechar ese nuevo servicio de la sociedad moderna. Coger la agenda y telefonar para marcar una consulta le pareció algo demasiado antiguo y formal, pero sus sospechas le hacían pensar que sería más conveniente tener una conversación personal con su médico.

Cogió su agenda y la distanció hasta ajustar el foco, fue deslizando su dedo indicador entre las líneas, tarea que no le exigió mucho esfuerzo, debido a las pocas direcciones que tenía apuntadas. Marcó el número una y otra vez sin éxito. Aquel sonido señalando que comunicaba empezaba a molestarle, así que colgó el teléfono y decidió enviar un e-mail. Quizás tardaría un poco en obtener una respuesta, pero sería más eficiente. Además el sonido de





conexión a la red le era más familiar y evitaría tener que hablar con alguien.

Una vez que estaba conectado, decidió navegar por un buscador para obtener información sobre enfermedades características de su edad. Encontró varias crónicas como: hipertensión arterial, cardiopatía isquémica, disfunciones cerebro-vasculares, osteoporosis, artrosis, enfermedades pulmonares obstructivas crónicas, diabetes. Eran enfermedades que, en general, empezaban a manifestarse a partir de los setenta años y que él, a sus ochenta y cinco, aún no conocía. También se enteró que la expectativa de vida en los países desarrollados estaba entre los setenta cinco y ochenta años, siendo que su límite máximo parecía estar alrededor de los ochenta y cinco años. Por lo tanto, según este narrador, se aproximaba su fecha de caducidad. Su intuición le llevaba a pensar que la enfermedad de Alzheimer, de la que tanto se hablaba últimamente, era la que más se acercaba a sus síntomas. Sin ningún recelo, digitó la palabra “Alzheimer” en el buscador, con la misma curiosidad que siempre le motivaba a navegar por la red.

El deseo de información, la búsqueda de conocimiento fueron tan excitantes que el motivo real de su investigación acabó en un sano olvido. Siguió navegando por diversas webs, leyendo algunas, guardando otras en favoritos, imprimiendo casi todas.

Después de muchas horas de conexión, había visitado mil doscientas webs, e impreso trescientas ochenta páginas, que archivó en veinticinco carpetas distintas, según el



tema. Decidió dar por terminada su investigación, por el momento. Se desconectó de la red, pero dejó el ordenador enchufado con la música, su compañera de siempre.

Había llegado el momento de desconectar la cabeza para pensar en el cuerpo. O sea, era hora de salir de la habitación, camino del lavabo, siguiendo su rutina diaria que siempre empezaba con una ducha, una demorada cascada de agua. El olor del gel, el contacto de su cuerpo con el agua y su sonoridad, que llegaba a eliminar el constante hilo musical, representaban una verdadera terapia.

No era como muchos viejos que pierden la costumbre de la higiene personal y acaban oliendo mal. Después de la ducha se ponía el albornoz y se dirigía a la cocina, pasando por toda la casa, que estaba siempre limpia y ordenada. Una vez alimentado, siguiendo su rutina, se dirigió al dormitorio para echar una cabezada, antes de hacer su breve paseo diurno. No consiguió ni una cosa, ni otra. Volvió a su habitación de trabajo cogió las coloridas carpetas con todo el material de su reciente investigación y salió a la terraza. Abrió el toldo para proteger su delicada piel, se dejó caer en la tumbona y abrió la primera carpeta, colocando las demás en una pequeña mesa auxiliar.

Casi todo descubrimiento científico acostumbra a llevar el nombre de su descubridor y en este caso no era diferente. Aloïs Alzheimer era su nombre. No era una información relevante y la biografía del señor Alzheimer no le despertaba demasiado interés, pero no dejaba de ser una buena manera de iniciar su investigación,

principalmente para quien, además del conocimiento, busca entretenimiento.

*Patólogo y psiquiatra alemán nacido en la ciudad de Marktbreit, el 14 de julio de 1864, comenzó su carrera profesional, en el año 1888, como residente en el hospital para enfermos mentales y epilépticos de Frankfurt, donde alcanzó la posición de médico jefe. Llevó a cabo investigaciones sobre una amplia gama de temas, incluyendo las demencias de origen arteriosclerótico y degenerativo. Fue quien describió los cambios histopatológicos de la enfermedad de Pick y estudió las psicosis y la psiquiatría forense.*

*El 4 de noviembre de 1906, en la Conferencia de Psiquiatras del Sudoeste Alemán, en Tubingen, Alzheimer presentó la primera descripción de una demencia que, posteriormente, y por sugerencia del famoso psiquiatra alemán Emil Kraepelin, recibió el nombre de Enfermedad de Alzheimer.*

*Su presentación consistió en la descripción de una paciente de cincuenta y un años que se comportaba como si tuviera noventa. Tenía un trastorno caracterizado por la progresiva disminución de la capacidad cognitiva, síntomas de lesiones localizadas, alucinaciones, celotipia, ilusiones y pérdida de la capacidad de integración social. Los estudios del cerebro en la necropsia mostraron las alteraciones hoy conocidas como placas seniles y ovillos neurofibrilares. Llegó también a descubrir que había unas fibras “empastadas”, como si las fibras, en vez de seguir*



*su curso, estuvieran anudadas, precisamente en las zonas de la memoria y en la corteza cerebral. El neurólogo encontró además ovillos de fibras dentro de las neuronas.*

Este texto que marcó con su rotulador amarillo, fue lo que le pareció mas importante en su biografía, además de la curiosidad de que el señor Alzheimer había muerto a los cincuenta y un años, la misma edad de su paciente. También destacó, con un doble subrayado en bolígrafo azul, los nombres científicos que desconocía, o que había escuchado en algún momento pero no sabía su significado. Decidió que buscaría esos nombres en Internet en otro momento, o quizás, descubriría su explicación en los textos siguientes aún por leer.

Mientras colocaba la primera carpeta debajo de la última y cogía la siguiente, en un gesto de aburrimiento, pensaba en lo pesadas que eran las biografías de los científicos. Sus vidas se resumían casi siempre a unas cuantas investigaciones, para llegar a un solo descubrimiento importante después de muchos años de trabajo.

Les imaginaba trabajando en un solitario y aséptico laboratorio, entre libros, columnas de destilación, probetas, tubos de ensayo y estanterías repletas de frascos de formol con restos humanos. Sus nombres siempre relacionados con alguna enfermedad que, la mayoría de las veces, llevaba a la muerte.

Pensó que sería mejor imaginarse un Einstein con pelos blancos y despeinados, con la lengua hacia fuera, como un niño travieso. Quizás uno de los pocos momentos de





relajación del genio. Una foto eternizada en papel por la química revelación.

Como narrador de esta historia y conocedor de las preferencias del personaje, diría que prefería la biografía de los artistas, donde no existen fronteras entre la vida privada y la obra, donde sus anécdotas, bien contadas y varias veces repetidas, con los años solían transformarse en literatura.

Olvidando esos pensamientos y volviendo a la narrativa, la segunda carpeta acaba de ser abierta y empieza a ser leída.

La definición de demencia era el tema siguiente, dentro del orden antes establecido por él. No le era nuevo saber que la demencia está relacionada con enfermedades del cerebro que llevan al deterioro y cuyos efectos son la pérdida de las neuronas, algo que también ocurre como un proceso natural en la vejez. Lo que no sabía, o por conveniencia había olvidado, era que esas enfermedades, normalmente, implican un deterioro lento, gradual e irreversible de las capacidades de la persona y que el daño cerebral afecta las funciones del enfermo en cinco cosas que él tanto valoraba. La memoria, la atención, la concentración, el lenguaje y el pensamiento.



Enterarse que la demencia cuando aparece en personas de edad muy avanzada, que era su caso, suele tener efectos de menor gravedad, no le sirvió de consuelo. Subrayó unas cuantas líneas, como si estuviera pisoteando su conciencia para así evitar, en el futuro próximo, la conveniencia del olvido.



Cogió la tercera carpeta, dedicada al Alzheimer, la enfermedad más común entre los varios tipos de demencia. Esta, la cuarta, la quinta y todas las otras carpetas fueron leídas con la debida atención y tuvieron líneas, frases y palabras remarcadas.

Qué es la enfermedad; quien está más propenso a padecerla; la edad; los factores genéticos; las pruebas que existen para diagnosticarla; los métodos de exploración del cerebro; tipos de tratamiento; las varias etapas de la enfermedad. Todo estaba en esas carpetas, hasta llegar a la última, que solo contenía nombres y e-mails de asociaciones de familiares con la enfermedad de Alzheimer. La mantendría junto con las demás por su característica de persona detallista y respetuosa con todo, pero estaba seguro que no la necesitaría, que no utilizaría esas direcciones. Tiró esa última carpeta sobre las otras y acto seguido sus ojos se fueron cerrando y, poco a poco, se fue la luz.

Adormeció profundamente, cosa que no ocurría hacía muchos años. Se sorprendió al despertar. Sentía un malestar, una fatiga, un cansancio de existir, como una tristeza anticipada. Sentía frío, y se dio cuenta que había marcas de saliva en su camisa y en la tela de la tumbona. El día había pasado, transformándose en noche. Estaba desorientado pues había roto por completo su rutina. En un gesto mecánico, levantó el brazo izquierdo para mirar la hora. Distanciando y aproximando el brazo buscaba el foco, pero no pudo distinguir entre la aguja de la hora y la de los minutos. De cualquier manera, por la ausencia



de la luz y la sensación de humedad, sería capaz de calcular la hora. Habían pasado por lo menos cuatro horas desde que tiró la última carpeta sobre las otras, segundos antes de cerrar sus ojos.

El paseo hasta el quiosco, la caminata hasta el estanco, las buenas tardes al señor de la portería y el recoger la correspondencia, todo esto y poco más, se quedaría para el día siguiente.

Recogió su material de investigación colocándolo bajo uno de los brazos y con el otro buscó equilibrio para levantarse, ayudado por el bastón. Dejó por recoger el toldo y la tumbona, y se juró no volver a utilizarla, por la dificultad que había tenido para levantarse.

En un intento de retomar su rutina, se fue a la habitación y, después de una breve visita a la cocina, volvió a la habitación de trabajo.

En la bandeja de entrada de su e-mail tenía varios mensajes nuevos, en su mayoría tonterías que recibía a diario, que no llegaba a abrir. Eran publicidad, chistes o corrientes de solidaridad cristiana. Seleccionaba todas y las eliminaba de un solo clic.



Entre esa cantidad de correo inútil encontró la contestación de su solicitud a la consulta médica. Una cita con hora concertada para dentro de dos días. Seleccionó y guardó el mensaje en la carpeta de su historial médico, no sin antes imprimirlo y, con una chincheta, colgarlo en el panel de corcho ubicado detrás de la pantalla del ordenador. Así lo tendría bien a la vista, como un recado para su memoria.

*La vida es un día y la muerte un horror  
Bébeme, bebeme, buen bebedor.  
La vida sin vino es un triste horror  
Bébeme, bebeme, buen bebedor.*

Abrió una botella de vino, llenó la copa y la alzó a la altura de la nariz aspirando su aroma profundamente. Con ironía, pidió a los dioses que no le dejaran olvidarse los vicios y placeres que la vida podía darle. Encendió un cigarrillo, se acercó a la ventana y levantó la persiana, dejando entrar los colores de las luces intermitentes de los anuncios de neón.

Con ese ritual, empezó a preparar su salida nocturna, pero no sin antes imprimir más de una docena de tarjetas personales y repartirlas por los bolsillos del pantalón, camisa, gabardina, colocando algunas más en la cartera también. Tenía que estar preparado para la posibilidad de un nuevo despiste. Tenía que garantizar el regreso a su mundo. Retomar su rutina que, aún pareciendo una contradicción, era su antídoto contra la tristeza y la soledad.



Cuando llegó al vestíbulo de la finca empezaban a caer las primeras gotas de una anunciada lluvia, que indicaba la llegada del otoño, con el desnudar de los árboles, la ausencia de luz y la presencia del viento frío. Para él, era la estación de la melancolía, el anteceder de la tristeza del invierno, cuando los días se transforman en eternas noches por dormir, cuando los solitarios están aún más solos.



Cogió un taxi en dirección al casco antiguo de la ciudad, ya que la lluvia le impedía ir caminando. Durante el trayecto, su única duda era si continuaría con el vino, visitando unas cuantas tabernas, o cambiaría a la cerveza, haciendo un recorrido por los bares de barra americana. En seguida se olvidó esa duda y se puso a contemplar la lluvia tras la ventana del coche, que parecía una cortina viva y transparente. Miraba la lluvia que caía fuerte sobre la ciudad, las personas que se protegían como bien podían, unos con paraguas, otros cubrían la cabeza con lo que tenían a mano, unos daban saltos para evitar los charcos de agua, otros caminaban a pasos largos bajo las marquesinas.

A cada pequeño movimiento de la cabeza cambiaba la mirada, cambiaba el pensamiento. Ahora se fijaba en los rótulos y se acordaba de los años en que aquel lugar era conocido por algunos como la “Avenida de la Luz”, por la cantidad de luminosos de los teatros de variedades, cines, cafés y casas de juegos.

Antes que sus recuerdos se transformasen en nostalgia, se dio cuenta que el taxi se acercaba al casco antiguo de la ciudad. Llevó la mano derecha al bolsillo de la gabardina para coger la cartera y, cuando la tenía en las manos con los billetes a la vista, no conseguía distinguir entre un billete de cinco y uno de diez. Por unos instantes el pánico se adueño de su cabeza y se paseó por todo su cuerpo haciendo temblar sus manos. Cuando el semáforo rojo cambió dando paso al verde y el coche se puso en marcha para acercarse a su destino, recuperó la calma.





Con la excusa de la lluvia que caía con insistencia, pidió al taxista que volviese al lugar de origen. Como el tráfico ahora era denso y el regreso sería más demorado, tendría el tiempo necesario para recuperar la razón.

Al llegar a casa, no se quitó la gabardina ni el sombrero, solo se deshizo del bastón dejándolo arrinconado en el recibidor. Como de costumbre enchufó todos los aparatos para hacerle compañía. Durante horas caminó kilómetros por todas las dependencias de la casa con un gran interrogante sobre su cabeza. — ¿Y ahora qué?

Se acercó a la ventana, miró la ciudad como quien mira una postal. La tenía a su alcance, a dos palmos de la nariz, pero no podía disfrutarla. Así estuvo durante horas sobrecogido por la sorpresa de verse en una situación nunca antes vivida. Empezó un largo diálogo interior. Se recriminaba por haber sido inocente o prepotente, por haber pensado que después de tantos años vividos ya nada le sorprendería. Sus recuerdos eran la esencia de la vida que ahora le tocaba vivir, a la espera de que llegara la muerte, y no se le había ocurrido que pudiera perderlos. Le vino a la cabeza eso que decía la gente sobre ver toda su vida como una película, en los últimos segundos que anteceden a la muerte. Imaginaba su película en color, sin defectos de imagen, en calidad digital, con diálogos y banda sonora. Cada recuerdo un fotograma. Con ironía, pensó que sería un triste final para un cinéfilo y ex director de cine, no poder ver su última película.

Durante toda su vida había hecho literatura de la muerte y pensaba que de alguna manera eso le preparaba para



aceptarla con naturalidad, pero no estaba preparado para la enfermedad que casi siempre precede a la muerte, quizás porque siempre había gozado de muy buena salud. Ahora tenía una enfermedad que sería como un virus de ordenador, que borraría toda la información de su disco duro. Dar tiempo al tiempo, pensaría quizás otra persona frente a un problema que no tiene solución inmediata. Pero nuestro personaje tiene la conciencia de que ya no puede contar con el tiempo.

Tenía un gran problema y sabía que no lo podría resolver fría o racionalmente como si fuera una simple ecuación matemática. La emoción y los sentimientos también contarían. Siguió durante mucho tiempo en el mismo sitio mirando la ciudad, acompañado de un constante diálogo consigo mismo, o un constante monólogo, como prefiera el lector.

Con el pasar de las horas el cielo paró su llanto, la luz natural empezó a sustituir la luz de las farolas, quitando el protagonismo de los anuncios de neón. El sol iluminó la mañana y el día parecía llegar contento. De forma perezosa la ciudad poco a poco iba poniéndose en movimiento. Las ventanas ganaban vida, con una persiana que subía, una cortina que se abría, una cabeza que se asomaba como si quisiera confirmar la presencia del día. Para él, esas escenas eran como fotogramas sueltos de varias películas mudas, o la ventana indiscreta de Alfred Hitchcock.

Cuando quiso apartarse de la ventana, estaba como pegado al suelo. Había estado durante muchas horas de pie, a

solas con sus pensamientos. Como si la cabeza no perteneciera al cuerpo, el cerebro tardó en entender sus deseos y activar los músculos. Cuando pudo recuperar el dominio sobre sí mismo, abrió y cerró los ojos, movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, de la izquierda a la derecha, y respiró hondo. Se fue apartando de la ventana con pasos hacia atrás, suavizando el cambio de imagen y teatralizando aquel momento.

Por un instante sintió una fuerte sensación de ridículo, al tener la conciencia de su actitud escénica o mejor dicho cinematográfica. Giró el cuerpo y caminó hacia la habitación, mientras de paso fue apagando las luces y desconectando los aparatos.

Así como un buen cristiano tiene su Biblia, un musulmán su Alcorán y un judío, el Torá, él tenía el *Libro del Desasosiego*, de Fernando Pessoa, y la misma soledad metafísica del autor. Como parte de su rutina, cuando ya estaba en la cama, cogió el libro de la mesilla de noche y, como siempre hacía, lo abrió al azar.

*“Entre las vagas sombras de la luz sin apagarse del todo antes de que la tarde sea apunte de noche, me complace errar sin pensar entre lo que se ha convertido la ciudad, y camino como si nada tuviera remedio.*

*Me agrada, más a mi imaginación que a mis sentidos, la tristeza dispersa que conmigo va Vagabundeo, y voy hojeando en mí, sin leerlo, un libro de texto intersperso [sic] de rápidas imágenes, de las que voy formando indolentemente una idea que nunca se completa.*

*Hay quien lee con la misma rapidez con la que mira, y acaba sin haber visto todo. Así extraigo del libro que se me hojea en el alma una historia vaga no contada, memorias de otro vagabundo, trozos de descripciones de crepúsculos o resplandores de luz de luna, con avenidas de parques por el medio, y diversas figuras de seda pasando, pasando.*

*No distingo, siendo como soy tedio y otro. Sigo, simultáneamente, por la calle, por la tarde y por la lectura soñada, y los caminos son realmente recorridos. Emigro y reposo, como si estuviera a bordo con el barco ya en alta mar.*

*De repente, los candeleros muertos hacen coincidir sus luces en los dobles prolongamientos de la calle larga y curva. Com un sobresalto, mi tristeza aumenta. Es que se acabó el libro.*

*Queda sólo, en la viscosidad aérea de la calle abstracta, un hilo externo de sentimiento, como la baba del Destino idiota, goteando sobre la conciencia de mi alma.*

*Otra vida, la de la ciudad anochecida. Otra alma, la de quien contempla la noche. Sigo inseguro y alegórico, irrealmente sentidor.*

*Soy como una historia que alguien hubiera contado, y, de tan bien contada, paseara carnal pero no mucho por este mundo novela, al principio de un capítulo: ...”*

En los dos puntos del texto puso él un punto final al cerrar el libro y los ojos. Se despertó seis horas después, a las doce del medio día. “Al principio de un capítulo” fue la

primera frase que le vino a la cabeza. Era un hombre lleno de manías y una de ellas era dar importancia a la primera cosa en que pensaba al despertarse. Podía ser una frase, una persona, cualquier cosa que fuera su primer pensamiento, daría vueltas en su cabeza durante el resto del día.

Sus pensamientos seguían sus pasos y mientras abría puertas y ventanas, iba conectando todos los aparatos, mezclando sonidos, e imágenes. Por último enchufó la cafetera eléctrica.

Fue al cuarto de baño donde se desnudó y se detuvo frente al espejo a mirarse. Cualquiera que pudiera ver ese cuadro, casi dantesco, llegaría a la conclusión de que la cruel y sabia naturaleza estaba pidiendo un “Plan Renove” para aquel cuerpo. Siguió mirándose al espejo, su más fiel reproducción, como si estuviera buscando una respuesta para el enigma del día “Al principio de un capítulo”.

Con un suave movimiento levantó los ojos hacía la parte superior del espejo y lentamente fue bajando la vista, recorriendo su cuerpo, como un escáner que procesa la imagen de manera precisa e inmediata.

La ausencia de la gorra, que siempre escondía su cabeza, denunciaba la escasez de pelo y destacaba sus enormes orejas, verdaderos abanicos, para usar la expresiva metáfora popular. Como es la única parte del cuerpo que no para de crecer, con el pasar de los años las tenía más grandes que antes.



Los ojos detrás de las gafas le parecían pequeños y sin el brillo habitual. Sin quitarse las gafas, se acercó un poco

más al espejo, abrió la boca, sacó la lengua confirmando su habitual color y en consecuencia el buen funcionamiento de su aparato digestivo. Después miró sus dientes con atención, como quien examina la dentadura de un animal para ver su estado de salud, o como hacían los mercantilistas de esclavos.

Continuó mirándose, observando sus pechos que le parecieron grandes y caídos. Unos pocos pelos se mezclaban a la blancura de su piel, agrietada como una vieja construcción, seca como una tierra castigada por el sol. Se palpó suavemente para ver si sentía algún dolor o si había alguno bulto. Deslizó la vista hacía la barriga y la observó sin mayor preocupación, pues ya hacía algún tiempo que se había acostumbrado a su existencia.

A continuación, empezó a examinar sus genitales, hábito que había adquirido a partir de los cincuenta años como precaución para detectar precozmente cualquier enfermedad. Con el pene en la mano, que le pareció una musaraña, bajó el prepucio para descubrir todo el glande, observando que la piel estaba lisa y brillante, sin grietas, erupciones o granos y palpó suavemente el escroto y los testículos, buscando bultos o zonas dolorosas.



Terminado ese detallado examen, hizo un poco de ejercicio mientras se preguntaba porqué preocuparse ahora con su cuerpo, si en realidad era su mente que presentaba síntomas de una debilidad quizás irreversible. En la ducha, su terapia matinal, mojaba sus pensamientos que volvían a centrarse en el texto leído la noche anterior y en la frase final “Al principio de un capítulo”.



De pronto le vino a la mente la palabra “epílogo”, en una imagen formada por letras luminosas en movimiento, como si fuera un rótulo de neón, en la oscuridad. Sintió un escalofrío. Aunque seguía bajo la ducha caliente, sentía frío, como si alguien hubiese desconectado el calentador y, de golpe, el agua estuviese helada. Decidió salir de la ducha aunque, poco antes de cerrar el grifo, la sensación de frío ya se había disipado. Vistió su albornoz y fue a la cocina para preparar el desayuno, pero sin ganas de comer, tomó apenas un café solo, corto y sin azúcar.

Hay enigmas que sería mejor no descifrarlos, porque una vez revelados ya no se puede soñar y lo que antes era sueño puede transformarse en pesadilla. No sentía miedo, lo que no quiere decir que no sintiera nada. En realidad estaba experimentando una extraña y nueva sensación. Se sentía desubicado, como si no perteneciera a aquel lugar, como si estuviera de paso, en una casa prestada o en un cuarto de hotel, con las maletas todavía encima de la cama aún por deshacer.

Aún sabiendo que la tristeza es un sentimiento temporal, la sentía en aquel momento como si fuera eterna. Tomó el último sorbo de café y, antes de reposar la taza sobre el mármol de la cocina, pensó en una de sus tantas frases filosóficas construidas en sus diálogos interiores, quizás para justificar y valorar su estado emocional. “La tristeza es un sentimiento, que solamente los poetas son capaces de transformar en arte”. Con esta frase colgada en su memoria, encendió un cigarrillo y se fue a la habitación de trabajo.





Mientras caminaba por la casa iba observando sus pertenencias, identificándolas como suyas, apartando la duda de que aquel era de verdad su actual hogar. Apagó el cigarrillo, se sentó y conectó el ordenador. Abrió el programa de tratamiento de textos y con la pantalla en blanco, como una hoja de papel aun por escribir, como si fuera un poeta fingiendo no serlo, tocando teclas, formando palabras, construyendo frases, escribió una poesía.

Quisiera ser poeta.  
No por la arrogancia  
O la soberbia de serlo.  
Simplemente para saber sentir  
Y disfrutar la tristeza.

Para ser poeta  
Hay que ser triste.  
Y la tristeza,  
Transfórmala en poesía.

Leyó y volvió a leer lo que había escrito, se sintió satisfecho y dándola por buena, archivó la poesía en su carpeta de “Textos perdidos”.

Con los pies plantados en el suelo, empujó la silla hacia atrás y se levantó con la intención de preparar un verdadero desayuno. Una macedonia, regada de frutos secos, todo emergido en yogurt y un zumo de naranja. No llegó a concretar tal intención. No tenía hambre. Quizá





su estado emocional estaba alterando su metabolismo y a partir de ahora sería como las tortugas, que por tener un lento metabolismo pasan muchas horas, incluso días sin comer.

No se conectó a Internet, no abrió su correo electrónico. Estuvo dando vueltas por toda la casa, con la palabra “epílogo” en la mente, acompañada por el mismo punto de interrogación que llevaba sobre su cabeza desde el día anterior. Fue desconectando todos los aparatos, pues ahora su soledad ya tenía compañía. Necesitaba silencio para sentir la tristeza de un poeta.

Sin darse cuenta había empezado a romper su rutina. Estos dos días que antecedían la cita con su médico, estaban siendo muy distintos de los vividos en los últimos años. No hacía falta ser advino para darse cuenta que había señales de cambio.

Por prudencia, o miedo de perderse en las calles desiertas a la hora de la siesta, su habitual paseo diario, — que podría compararse a la leyenda de Kant, cuya puntualidad cotidiana era tal, que a su paso el relojero de la calle donde vivía ponía en hora a su reloj — quedó reducido apenas a la ida al quiosco en la esquina de la misma acera y al estanco, al otro lado de la calle. Antes de salir repartió en los bolsillos de la gabardina el dinero justo para pagar el periódico y el tabaco, intentando así evitar una situación embarazosa.

Al volver a casa, en lugar de irse a la habitación como era su costumbre, se quedó en la sala, acercándose a la ventana que daba al cruce de dos grandes calles. Al lado



mismo de esa ventana, estratégicamente dispuesto para recibir la luz natural, había un imponente mueble escritorio y una silla de elegante diseño, donde nuestro personaje se sentó para leer el periódico.

Mirando contra la luz que invadía la sala, su silueta perfectamente encuadrada en el ventanal era una bella escena que a él le hubiera gustado filmar. Primero una foto fija en blanco y negro, después pequeños e intermitentes movimientos de la cabeza acompañando la lectura, y de la mano derecha, al cambiar de página.

Ese escritorio, del que solamente ahora hablamos en esta narrativa, hacía mucho tiempo que había dejado de tener utilidad, pasando a ser apenas un mueble decorativo. Cuando se escribía con la pluma sobre el papel, o incluso con la máquina de escribir, ese había sido su lugar de trabajo. Un tiempo en que no había tantos coches por las calles y en aquella esquina no hacía falta semáforo. Tampoco hacía falta un doble cristal y la ventana, incluso, se quedaba abierta. Siguió utilizando ese escritorio al tener su primer ordenador de pantalla verde y cursor intermitente. Después vino el fax, ocupando más espacio y más tarde, cuando llegó el momento de incorporar los periféricos como impresora, scanner, grabadora, bafles, etc., la jubilación del mueble fue inevitable, ya que no soportaba toda esa parafernalia y fue necesario transferir su espacio de trabajo a una de las habitaciones.

Ahora él volvía a ese mueble y a la ventana, olvidados por tantos años, como si quisiera volver al pasado o, quizá, pensaba que nunca debía haber salido de allí.

Ocurren casualidades en la vida de todos. Algunas son triviales pero otras realmente llaman nuestra atención. Aquel día el periódico traía un suplemento especial de salud y la enfermedad de Alzheimer como artículo de portada. Como no podría dejar de ser, leyó todos los artículos, entrevistas y opiniones, sin encontrar algo nuevo, algo que él ya no hubiera descubierto, investigando por su cuenta. Apartó el suplemento para, más tarde, abrir una nueva carpeta, esta formada por noticias y recortes de periódicos.

En seguida, desechó los cuadernos de economía y clasificados y empezó una detallada lectura del periódico, página a página, dedicando atención incluso a los anuncios. No es que fuera un consumista, al contrario, además la gente de su edad no solía tener este tipo de “enfermedad”, lo que buscaba era ver el nivel de creatividad de los publicistas.

Tras casi dos horas de lectura, llegó a la sección de sucesos, donde también se publicaban las necrológicas. Encontró una noticia que no le habría llamado la atención en cualquier otro momento, pero aquel día todo le parecía tener demasiada relevancia. En cabeza de página, a mano izquierda, el titular:

*Un anciano mata a su esposa, enferma de Alzheimer y se suicida* y, en dos columnas el texto:

*Diego R. L., fotógrafo jubilado, de ochenta y un años, mató, de un tiro en la frente, a su esposa, Encarnación S. de ochenta años, que padecía Alzheimer en fase avanzada, suicidándose después. La policía no tiene constancia de*

*malos tratos y los vecinos atribuyen los hechos al deterioro físico de ambos.*

*El hombre aprovechó la única hora del día, entre las ocho y las nueve de la mañana, en que se quedaban solos en la vivienda para disparar contra su mujer un único proyectil en la cabeza que le causó la muerte inmediata. Luego se disparó. Falleció al llegar al hospital.*

Recortó el artículo y con él abrió una nueva carpeta, como un guionista que busca en las noticias la oportunidad de construir una historia de ficción tan real como la vida misma.

Por ser otoño, las tardes muy pronto se disfrazan de noche y para poder acabar de leer el último artículo, de la última página, tuvo que encender una pequeña lámpa, otro objeto olvidado en ese rincón de la casa, ya sin mucha utilidad, pero que él conservaba con cariño. De color rojo y moderno diseño, reproduciendo un foco de teatro, contrastaba mucho con el estilo centenario del escritorio. Se la había regalado una amiga en uno de sus varios viajes a París en la década de 1960, pero eso es otra historia y si me pongo a contarla me iré por las ramas.

Cuando dio por terminada la lectura, la noche se hacía más presente en toda la casa y un silencio sepulcral hacía compañía a la oscuridad. Sus primeros y cautelosos pasos fueron en busca de un interruptor. Encendió la luz y se fue a la cocina.

Seguía sin tener hambre, quizá por el “efecto tortuga”, pero con la conciencia de que necesitaba alimentarse,

decidió engañar al estómago, o mejor sería decir engañarse a sí mismo.



Preparó un aperitivo con cuatro quesos y abrió una botella de vino, esta vez sin que hiciera parte del ritual que antecedía su paseo nocturno. No se atrevería a salir a la calle esa noche después de los intentos frustrados. Solo saldría de casa para la cita con el médico de cabecera. Se sentía inseguro, pensó que su mente era como una fortaleza medieval que empezaba a desmoronarse y todos sus recuerdos acabarían en ruinas.

Su salida bohemia sería otra vez sustituida por la ventana, pero esta vez se sentaría en una confortable butaca, acompañado por una botella de Oporto, dulce y embriagante, ideal para momentos y pensamientos amargos.

Siguió toda la noche con la idea de la muerte ocupando su mente. A medida que disminuía el contenido de la botella, sus párpados se hacían pesados, dándole una agradable sensación de sueño. Deseaba dormir.

Dormir es morir y morir es dormir sin despertarse al día siguiente. Pensó que el ser humano se resumía a dormir, vivir, morir.

Finalmente, pudo dormir, pero al despertarse el día siguiente, casi llegó a lamentarlo. Al sentir una ligera humedad entre las piernas, se dio cuenta que había tenido lo que, delicadamente, llamamos de incontinencia urinaria, o en lenguaje más callejero diríamos que se había meado en los pantalones. Pensó que en las últimas cuarenta y ocho horas había tenido muchos síntomas característicos de la vejez, cosa que no le había ocurrido



hasta entonces, como la pérdida de memoria y otras pérdidas de las que solamente ahora se percataba.

Con una mezcla de rabia e indignación y un desagradable sabor de boca, sintió lástima de si mismo. Era un viejo solitario descomponiéndose en vida. Faltaba que los gusanos empezasen a salir por todos los orificios del cuerpo para que, de verdad, fuera un cadáver.

Bajo la ducha, retumbaba en su cabeza como tema del día, la idea de como llegaría su muerte, como se transformaría en cadáver. Se imaginó asistido en la calle por los transeúntes, o entubado y moribundo en la cama de una UVI de algún hospital, o entonces en una escena en que se escucharía el grito histérico de la señora de la limpieza, al encontrarlo en el suelo del cuarto de baño con un charco de sangre coagulado, como una aureola alrededor de la cabeza.

Todas esas posibilidades le aterrorizaban. Pensó que el suicidio sería una manera más conveniente de encontrarse con la muerte. No porque quisiera rechazar la vida, solamente porque deseaba renunciar a suplicios y vergüenzas que son la negación de la esencia misma de la vida. Sabiendo que solamente el suicidio le daría la autonomía de decidir el cadáver que prefería ser y de que el futuro es presente a los ojos de quien sabe ver, por primera vez, empezó a contemplar esa posibilidad.



Como narrador, tengo la conciencia de que un relato, para que parezca verosímil a los ojos o al juicio del lector, no debería tener demasiadas casualidades. Para justificar la que viene a continuación, digo también que muchas veces

las historias escapan a las manos de su autor, como el agua entre los dedos, tomando otros caminos que él antes no se había planteado.

Cuando salió del cuarto de baño, decidió romper con aquel silencio hostil que le acompañaba en los dos últimos días, conectando todos los aparatos, en un intento de volver a su rutina como si nada hubiera pasado. Conectó el televisor justo en el momento que empezaba un programa que tenía como título *“El club del viaje sin retorno. Destino: Zurich. Fin de la excursión: morir.”*

Se trataba de un documental sobre Dignitas, una asociación establecida en la capital de Suiza, defensora de la eutanasia, cuyo lema es “Vive con dignidad, muere con dignidad”.



Se quedó parado durante todo el reportaje, estático con el mando en la mano, atento a toda la información. Se enteró de los requisitos que debería cumplir todo aquel que deseara morir. Ser mayor de edad, pagar una cuota mínima de dieciocho euros y demostrar que sufre una enfermedad incurable. También de como actúa el pentobarbital de sodio, sustancia utilizada para provocar la muerte anticipada. Primero se administra un agente contra el vómito, para que el estómago no reaccione al sabor amargo de los quince gramos de pentobarbital sódico diluido en un decilitro de agua. Entre dos o cinco minutos después de tomarlo, la persona empieza a dormir y a los cinco minutos sobreviene el estado de coma, el cerebro deja de funcionar y en poco más de veinte minutos se produce un paro cardio-respiratorio.



Al terminar el reportaje, se encontraba sentado con papel y bolígrafo en la mano apuntando el nombre del médico Ludwig Minelli, presidente de la asociación, la web [www.dignitas.ch](http://www.dignitas.ch) y la dirección de correo electrónico [dignitas@dignitas.ch](mailto:dignitas@dignitas.ch).

Este relato tiene un único y solitario personaje, cuyo nombre aún no ha sido revelado y así permanecerá hasta el final de esta historia. Manteniéndole en el anonimato, respetaré lo poco que queda de su intimidad, ya que este narrador lo ha desnudado literalmente. Al fin y al cabo, en un relato de un único y solitario personaje no haría falta darle un nombre para saber de quién estamos hablando. Además, si los nombres de verdad tuvieran importancia y no fueran solamente un símbolo de identificación, se esperaría a que uno creciera y tuviera conciencia para elegir su propio nombre, a su antojo.

De cualquier manera, le daré un seudónimo a este personaje, pero no con la misma arbitrariedad de un padre cuando bautiza a un hijo. Tenemos suficientes elementos para darle un nombre que corresponda a su personalidad. A partir de ahora se llamará Juvenal, nombre de origen latino que quiere decir de joven apariencia. Su aire juvenil se mantendrá siempre, tenga la edad que tenga, siendo capaz de dar a todo un aire nuevo y fresco, dispuesto siempre a la renovación y con una fuerte carga de energía positiva. De paso haremos un homenaje al poeta satírico del siglo I, Décimo Junio Juvenal, creador de frases que nunca caerán en desuso como *Mens sana in corpore sano*. Justo lo que le empieza a faltar a nuestro Juvenal.



Como sabemos que después de todo nombre vienen dos o más apellidos, Juvenal tendrá dos. Bravo, por parte de padre y Guerrero, por parte de madre.

Aquí tenemos entonces, Juvenal Bravo Guerrero, con su nombre de guerra y dispuesto a cambiar de vida, decidido a planificar las circunstancias de su propia muerte, a organizar el tramo final de su vida. Tendrá la alternativa de acabar con su existencia cuando lo desee, independientemente de lo que llamamos destino o voluntad de Dios. Será su propio Dios, dueño de su destino.

Era estimulante pensar en esa alternativa, como son estimulantes todos los pensamientos y actitudes auténticamente transgresoras, con que uno se enfrenta durante la vida, con relación a uno mismo y su papel en el mundo. Así como Sócrates que rechazó los planes de huida de sus seguidores, para acabar bebiendo un cáliz de cicuta, como único camino hacia libertad, Juvenal se liberaría de la enfermedad que estaba a punto de aprisionar su mente y su viejo cuerpo.

De una reflexión se pasa fácilmente a otra sin saber la razón, porque los pensamientos no siempre se pueden controlar. Juvenal estaba ahora imaginándose delante del médico, contando todo lo que le había ocurrido en los últimos días, y su médico, frente a las evidencias, no tendría mas remedio que confirmar su auto-diagnóstico. Decidió no ir a la consulta, llamaría por teléfono o enviaría un e-mail con una excusa cualquiera.

Recapitulaba las coincidencias, la idea del texto “Al principio de un capítulo”, la visión de la palabra



“Epílogo”, el suplemento sobre la enfermedad de *Alzheimer*, el artículo del periódico sobre el anciano suicida y ahora el reportaje sobre *Dignitas* y la eutanasia. Más claro que la sombra en un día de sol, pensó Juvenal.

No quería ser protagonista de esas historias que suelen aparecer con frecuencia en los periódicos, casi siempre en la sección de sucesos, sin nombre, ni apellido de la víctima pero con un titular común “Descubren el cadáver de un anciano que llevaba más de tres días, tres semanas o tres meses muerto en su casa”.

Tampoco quería que su puerta fuese derribada por los bomberos, después de avisados por el portero que hacía días no era testigo de sus entradas y salidas. No quería ver su casa invadida por extraños, desordenada, con la cama por hacer. Sobre las sábanas revueltas, su bastón y su gorra y en la mesilla de noche el libro de Pessoa, las gafas y el tabaco.

Su escalera transformada en lugar de reunión de unos cuantos vecinos haciendo comentarios del tipo “Qué pena, morir de esa manera”. Lamentos y poco más. Por mucho que preguntasen, solo podrían recopilar unos cuantos fríos datos biográficos, nacionalidad, edad, estado civil, profesión. ¿Y sus amigos? “No sé si tendría alguno”. ¿Qué hacía durante el día? “Iba al estanco, al quiosco y, a veces, a la cafetería de enfrente”. No sabrían nada más, inútil seguir indagando.

“Cuando la vida es una carga para el hombre, la muerte se convierte en búsqueda de un refugio”. Pensando en esas sabias palabras escritas por Herodoto en tiempos



antiguos, abandonó la sala en dirección a la habitación de trabajo. Conectó el ordenador, entró en Internet y fue directamente a la web de Dignitas. Se apuntó como socio, hizo una transferencia bancaria y después imprimió y firmó el “Documento de Voluntades Anticipadas – Testamento Vital”, la manifestación de sus deseos en relación al final de su propia vida, faltando solo el nombre, DNI y la firma de tres testigos y de un representante con derecho a hacer valer sus voluntades. Abrió el primer cajón, a la izquierda del mueble, cogió la última carpeta y añadió ese documento.

Esa carpeta es la que Juvenal empezó ayer archivando el recorte del periódico, la única de color negro y que acaba de recibir una etiqueta blanca con la palabra “Epílogo”. Buscando más simbología, Juvenal añadió debajo la fecha de su nacimiento, eligiendo así el día de su cumpleaños para morir. Solo quedan seis meses para que todo termine el día que empezó. A pesar del poco tiempo que tiene para prepararla, no se puede decir que será una muerte prematura.

Ahora ya no tenía excusa para dejar de ir al médico. Necesitaba una prueba legal de su cuadro clínico, de una enfermedad incurable e irreversible. Le molestaba esa exigencia, esa “burrocracia”, pero tenía que seguir las reglas del juego para concretar el viaje hacía el epílogo de su vida.

Era conciente de que el encuentro con su médico no sería una empresa fácil, pero con todo el conocimiento que había adquirido sobre la enfermedad, estaba seguro que

podría actuar de forma a obtener rápidamente lo que quería.

Sabía que existían solamente tres posibilidades de diagnóstico para la enfermedad de Alzheimer: posible, probable y seguro. Los dos primeros se basan, principalmente, en la observación del deterioro de dos o más funciones cognitivas: memoria, habla o pensamiento. La única manera de confirmar con seguridad el diagnóstico de esa enfermedad es a través de la identificación de las placas seniles y ovillos neurofibrilares, algo que solo se puede obtener tras una biopsia del cerebro, o sea mediante una autopsia, pero él continuaba vivo.

Si el médico decidiera hacerle lo que se llama de Mini Examen del Estado Mental, que consiste en hacer unas preguntas como: ¿En qué día estamos? ¿En qué ciudad? ¿Cómo se llama esto o aquello? Sabría que decir.

Después de tanto pensar, salió a la calle ya sin miedo de perderse, decidido a interpretar su último papel frente al médico.

Cuando entró en la consulta, no esbozó la sonrisa que siempre traía consigo, al contrario, con un semblante triste y una mirada perdida, saludó al médico con una frialdad desconcertante. Su cara era un verdadero poema.



Utilizando todos sus conocimientos recién adquiridos, contó historias que no habían pasado y habló de síntomas que aún no tenía, no dejando lugar a dudas sobre lo que le estaba ocurriendo. Al terminar la larga consulta, en un esfuerzo interpretativo, dejó caer dos lágrimas, bajando así el telón de su teatro. No habría aplausos, en cambio

tendría como recompensa el rápido diagnóstico, la palabra Alzheimer escrita en un informe médico.

Antes de entregar el esperado informe, su médico le habló sobre las ventajas de ser consciente de su situación. Justificando que cuando alguien sabe que padece la enfermedad de Alzheimer y entiende lo que eso conlleva, puede planear la manera de aprovechar al máximo los años que le quedan de actividad intelectual relativamente sana, además, siguió explicando el médico, puede tomar decisiones económicas importantes e, incluso, puede decidir participar en las investigaciones médicas o dar los pasos necesarios para donar tejidos de su cerebro para la investigación, después de su muerte.

Cuando por fin salió de la consulta llevaba consigo la satisfacción de un vencedor, la sensación de haber ganado una batalla. Pensaba que había mentido como las innumerables veces que había escrito una historia o representado un papel, con la diferencia que ahora no estaba haciendo ficción. Animado por su victoria se dio como premio el coraje de volver a casa caminando sin temor a perderse, puesto que ya daba todo por perdido. De paso se despediría de su amada ciudad con la mirada abobada de un hombre enamorado.

Pasadas dos semanas, ya tenía toda la gestión burocrática resuelta, había recibido un e-mail con la luz verde del médico Ludwig Minelli. Faltaba ahora desprenderse de sus cosas, para después desprenderse de la vida. Y como diría Camus, “Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón como una gran obra de arte”.





Virginia Wolf se adentró en el río Ouse con los bolsillos llenos de piedras; Thomas Chatterton optó por el arsénico; Asunción Silva imitó al Werther de Goethe y se disparó al corazón; Mark Rothko se cortó las venas; Alan Ladd y Marilyn Monroe tomaron barbitúricos; Emilio Salgari se hizo el haraquiri y Sylvia Plath abrió el gas e introdujo la cabeza en el horno. Parece que las mentes creativas son más propensas a ese género de estados sombríos que llevan una persona a acabar consigo misma.

Nuestro Juvenal Bravo Guerrero decidió desprenderse de su vida por la eutanasia, lo que etimológicamente significa, la muerte libre de sufrimientos, la dulce muerte. Le falta ahora saber cómo desprenderse de las cosas que representaban sus recuerdos, su memoria. Lo último que nos queda en vida para preservar.

Todos sus recuerdos se apagarían con su muerte, antes que el Alzheimer tuviera tiempo de destruirlos totalmente, pero había los otros recuerdos, no abstractos, que son la memoria viva que, al no tener ni herederos, ni amigos, podían caer en manos desconocidas. Se preguntaba qué hacer con sus cosas más íntimas, como las cartas de amor, que a los ojos de un extraño parecerían ridículas, sus apuntes de gastos, que podrían dar la idea de pobreza o de mezquindad. Esas y otras vergüenzas, sabría como ocultarlas. Una vez transformadas en cenizas, las echaría por el desagüe de la terraza.

Le preocupaban más las otras cosas que también tenían su valor como los cuadernos donde escribió sus cuentos juveniles, las poesías inacabadas, las fotografías, la





colección de carteles de cine, los cuadros, los libros, los discos, los archivos de su ordenador. ¿Qué destino tendría su memoria viva? ¿Acabarían en una incineradora, una planta de reciclaje, o en el basurero municipal, según la determinación de un juez?

Cuando se vive como si fuera para siempre, como si se fuera eterno, toda muerte parece ser súbita y nada de eso acostumbra ser una preocupación. Pero, cuando la muerte es programada, quedan muchos detalles que cuidar. Así piensa Juvenal, que faltando poco menos de seis meses para el día de su cumpleaños, y también su muerte, dedicará todo su tiempo a recoger sus cosas, como quien prepara una mudanza.

— Me voy al pueblo para pasar allí lo que me queda de vida. Esa fue la excusa que utilizó para no levantar sospechas a las pocas personas que compartían su vida cotidiana. El señor del estanco, con quien conseguía las cajas de cartón para su “mudanza”, a quien continuaba comprando tabaco; al conserje, que había visto alterada su rutina; y a la señora que le hacía la limpieza, al dispensarla de sus servicios.

Empezó a recoger los libros, vaciando estanterías y muebles. Con cada uno se detenía a mirar atentamente la portada, buscando el título y, en él, algún recuerdo sobre el tema del libro, o sobre el momento de su vida en que lo había leído. Después hojeaba sus páginas rápidamente en busca de otras pistas para su memoria, alguna dedicatoria, puntos de libro o trozos de papel amarillento con nombres de personas y números de teléfonos que era





de suponer ya no existían. En el mismo orden que cogía los libros, los metía dentro de las cajas de cartón, apiladas en el centro del salón comedor.

Hacía lo mismo con sus discos, la banda sonora de su vida. Primero los escuchaba buscando en la memoria los momentos relacionados con aquel sonido, después, los colocaba en otras cajas al lado de aquellas con los libros. Mantenía conectados la cadena de música y el ordenador para hacerle compañía. El televisor, desde el día que vio el documental sobre Dignitas, no lo volvió a conectar. Lo tenía cubierto con una sábana blanca, como quien además de cerrar la ventana, recoge la cortina asegurándose una mayor intimidad.

Después de unas cuantas semanas, cuando ya tenía todos los libros y discos recogidos y guardados en cajas, busco en Internet la dirección de la biblioteca pública más cercana, imprimiendo etiquetas adhesivas, indicándola como destino de aquellas cajas.

Cada día era un pasar página, con la sensación de añoranza y de tristeza de quien se acerca al final de una novela que tanto le hace soñar. Pero, esta era su novela, su historia y solo a él pertenecía. Alguien podría decir que eso era intervenir en la voluntad de Dios, cosa que a él le daba igual. No creía en dioses, ni en los hombres, ahora, tampoco en sí mismo, puesto que el *Alzheimer*, empezaría a destruir su razón.

Sabía que el tiempo jugaba en su contra. En las últimas semanas los momentos de olvido habían sido más frecuentes, por eso tenía miedo de que la enfermedad



puadiese avanzar rápidamente, y le hiciera olvidar sus propósitos.



No quería ser un corredor que tropieza en el último segundo, en la recta final, acabando el último cuando era el primero. Prefería ser uno de los tantos que llegaban últimos, pero sin dejar de correr hasta el final.

Como un presidiario que cuenta los días que faltan para su libertad, señalaba los días con un rotulador amarillo, en la hoja del calendario. Nada como una cuenta atrás para aumentar el suspense, pensaba Juvenal que, faltando apenas una semana para su aniversario y muerte, ya había terminado de hacer todo lo que había planeado.

Las horas pasaban despacio y le pesaba, en forma de tedio, la conciencia de existir, habiendo momentos que empezaba a desear la muerte mas que la muerte a él.

Caminando con dificultad en medio de un laberinto de cajas que se acumulaban en el salón y los pasillos, ahora se dedicaba a quitar todas sus fotografías de las paredes, dejando los marcos vacíos para evitar las marcas fantasmagóricas en las paredes, para él tan odiosas.

Empezaba a llenar las últimas cajas con las cosas más personales, fotos, textos, recuerdos más sensibles a la memoria y las emociones. Todos sus recuerdos estaban organizados y guardados en orden cronológico. Era como repasar un diario no escrito de su vida y la última caja que acababa de llenar fuera su última página. Al precintarla tuvo la misma sensación de quien acaba la lectura de un libro, lo cierra de golpe y se detiene a mirar su contra-portada.



En ese momento saliendo de su previsto guión, Juvenal decidió escribir un apéndice a esa novela, de una manera muy particular. Volvió a abrir la última caja y sacó lo que había acabado de guardar. Durante dos días estuvo escaneando fotos, textos y manuscritos, lo que le hizo cambiar radicalmente su estado de melancolía a una euforia, típica de los artistas en sus momentos de creación. “La vida, siempre hay que intentar hacerla grande, sobretodo si estás a punto perderla”. Con esta frase en el pensamiento, Juvenal justificaba su última acción. Si por una cuestión de coherencia y salud mental, siempre polemizó y politizó su vida, imaginaba que no podría ser diferente en su muerte, y la ironía, que siempre había estado presente en su vida, también tendría su lugar ahora que se acercaba la muerte.

Era noche y faltaban doce horas para su viaje, ya tenía en manos un billete de ida, sin vuelta, y la ventaja de no tener que hacer las malas. Esa situación de encontrarse a camino de la muerte, no le impidió pasar una noche tranquila.

A primera hora de la mañana ya estaba dentro de un taxi camino del aeropuerto con destino a Zurich. En uno de los periódicos de mayor circulación de la ciudad, en la sección de necrológicas encontró la esquila que había mandado publicar el día anterior.

**JUVENAL BRAVO GUERRERO**

\* 13 de Febrero, 1920

+ 13 de Febrero, 2006

Al mismo tiempo observaba desde la ventana del coche, los muros de la ciudad repletos de carteles con el nombre de la web [www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net), que minutos antes él había publicado en la red, a la que también se podía acceder desde un link en su blog.

De esa manera hacía pública su soledad, enfermedad y muerte. Para unos sería la oportunidad de protestar contra la hipocresía, haciendo reflexionar a la opinión pública sobre la responsabilidad social con los mayores, la dignidad y el derecho de escoger su muerte. Para otros, como diría el otro Juvenal, sería apenas “Pan y circo”. Sería su legado a los seres comunes, en su particular *Reality Show*. En su web se podía ver la misma esquila que había publicado en todos los periódicos de la ciudad, y a continuación el siguiente texto:

*“En un día antes del séptimo se hizo la luz, y así nacieron todas las cosas y criaturas, La ventura feneció cuando el verbo se hizo carne y creo la salvación y el desespero, ¿Yo, quién soy?*

*Soy materia viva en la cual la muerte se enquistó tan pronto la luz hirió mis ojos nuevos de espanto. Soy la creación que sobrevive a pesar de lo igual que soy todos los días, y ni siquiera un canto de pájaro viola mi mudo entendimiento. Soy el hombre que arrastra el simulacro de su personaje hasta el momento en que el encuentro del deseo con la voluntad transforma el nada en insondables océanos de invención y osadía.*

*Pero soy también materia muerta, de la cual la vida se enamoró cuando la más tímida arremetida amenazó retirarme de esta tan dulce realidad.*

*Soy la permanencia de la igualdad que percibe que el más ligero canto de pájaro atraviesa el alma de un ser siempre diferente de sí.*



*Soy el actor que ve la supervivencia de su improbable ser atada al nudo de la existencia del hombre plantado como una roca en el centro del mundo.*

*Y soy aquel que sueña que es, mientras, despierto, buceó en el delirio.*

En el lado izquierdo de la pantalla, emitidas por una webcan, se podían ver imágenes del salón de su casa, lleno de cajas y con todos los muebles cubiertos de sábanas blancas, una imagen fantasmagórica, esta vez hecha adrede para crear más dramatismo. En las paredes los marcos vacíos, que antes contenían las fotos que ahora se podían ver de otra manera en la misma web.

Después de aterrizar en Zurich, Juvenal tomó su último café y fumó su último cigarrillo en la cafetería del aeropuerto, mientras saboreaba sus pensamientos.

Pocas horas atrás había empezado a escribir su epílogo, el último capítulo de su historia. Estaba satisfecho, porque sentía el mismo placer de cuando creaba un personaje ficticio y desarrollaba su historia. Ahora el protagonista de la historia era justamente su autor. Le parecía perfecto. Al fin y al cabo, en el fondo de todo personaje siempre se puede encontrar el autor.





No había estado en Zurich antes y, aunque sentía la curiosidad de un turista, pensó que en este viaje no habría tiempo para conocer y, menos aún, para enamorarse de la ciudad. En un gesto mecánico, con la mano derecha se llevó a la boca la taza de café y con la izquierda sacó del bolsillo de la gabardina un folleto de publicidad que le había dado, en un de los pasillos del aeropuerto, una guapa y veinteañera chica que tenía una sonrisa llena de vida.

*Bienvenido a Zurich Downtown Switzerland.*

*La región de Zurich es ideal para el tiempo de ocio y diversión, sus lomas, sus bosques preñados de tranquilidad, sus limpios lagos y ríos, sus pequeños pueblos pintorescos, todo esto a un tiro de piedra de los Alpes. Es el punto de partida ideal para realizar excursiones ricas en impresiones.*

Ideal para morir, pensó Juvenal, sin intentar esconder, por vez primera en las últimas horas, cierto malestar por estar en Suiza, el símbolo del capital. País de las cuentas secretas de todos los corruptos y dictadores del mundo. Neutral por conveniencia.

Para quien había luchado y soñado con un mundo justo e igualitario, era una ironía poner el punto final a su existencia justamente en ese lugar. “El sueño se acabó”. Con esa frase, de aquel que se proclamó mas famoso que Jesús Cristo, cerró sus pensamientos. Abandonó la cafetería para coger un taxi en dirección a la Calle Gertudestrasse, número 84, tercero, izquierda.



El taxi se deslizaba por la calzada mojada, por la humedad de las calles arborizadas de Zurich, en un día gris y frío, con algunas gotas de agua (el origen y mantenimiento de la vida) que se precipitaban sobre el parabrisas del coche multiplicándose en diminutas gotas, hasta ser barridas por el viento o por el limpiador.

Con la curiosidad de siempre, Juvenal miraba por la ventana del coche y pensaba que el lugar y el día eran ideales para morir. Calles vacías, silencio, oscuridad, humedad, frío, lluvia. Uno no podría suicidarse en un alegre día de verano.

El taxi llegó a un edificio esquinado, moderno, cuadrado, gris y frío, situado en un barrio residencial, no muy lejos del centro de Zurich. Le esperaba la enfermera Erika que abrió la puerta de madera verde, el color de la esperanza. El sencillo apartamento de paredes blancas y suelo de parquet, podría pasar por un piso de estudiantes. No tenía más dependencias que la cocina, un cuarto de baño y la habitación donde todo acababa.

Rectangular, de unos veinticinco metros cuadrados, iluminada por un amplio ventanal, poblado de plantas, esa habitación tenía dos camas alineadas en paralelo. En la pared de la izquierda, sobre una de las camas un cuadro de una mujer desnuda.

– Representa la vida. Digo Erika, en un intento de romper el hielo.

Como si Juvenal estuviera allí para hacer un reportaje sobre la muerte, y no para morir, Erika siguió hablando, como contestando preguntas que no se habían hecho.

– Una vez acompañé a un matrimonio alemán que, después de sesenta años de casados, querían morir juntos. El marido tenía cáncer en fase terminal y su esposa una enfermedad cerebral grave. Preparamos dos camas para ellos y aunque al final prefirieron abrazarse en el mismo lecho, las camas se quedaron aquí.

Apoyados en un rincón del cuarto, llamaban la atención dos pares de muletas y varios bastones. Erika pareció leer sus pensamientos.

– Pertenecieron a personas que vinieron a suicidarse solas y se quedaron aquí.

Juvenal continuaba en silencio. Se acercó y dejó su gorra y su bastón. En la esquina opuesta de la habitación, había un equipo de sonido y una cantidad de CDs que se apilaban en el suelo, de música clásica y meditación, sobre todo.

– Si lo desea le pongo música, le dijo Erika, que siguió hablando.

– Hay quien llega con cosas aún pendientes. Como una señora que solicitó que le diera tiempo para acabar un libro que tenía entre manos. Tres horas le costó alcanzar la última línea.

Sobre la encimera blanca de la cocina desnuda descansaba un documento de identidad, que Erika recogió diciendo

– He acompañado el suicidio de este hombre esta mañana. Era un alemán de cincuenta años que padecía de cáncer de esófago. Ya no podía tragar nada y tenía que alimentarse a través de una sonda. Sufría mucho, por eso buscó nuestra ayuda para morir.

A continuación, la enfermera Erika sacó un bote de un cajón del armario bajo la encimera. Pentobarbital de sodio, se podía leer en la etiqueta de un frasco de plástico lleno de un polvo blanco finísimo, como la cocaína.

Había elegido para morir el día de su cumpleaños, le parecía una fecha simbólica y coherente, ya que las células empiezan a morir en el mismo momento en que nacemos. Tomaría como un regalo la porción mágica que acababa de preparar la enfermera Erika. Cerraría sus ojos por última vez, llegando al sueño eterno. Concretando las palabras de su poeta: “La relación que existe entre el sueño y la vida es la misma que existe entre lo que llamamos vida y lo que llamamos muerte. Estamos durmiendo y esta vida es un sueño, no en un sentido metafórico o poético, pero sí en un sentido verdadero”.

Lejos de allí, Juvenal era como una verdadera estrella que, cuando su brillo llega a nuestro alcance, ya ha dejado de existir. Una estrella mediática.

Durante unas cuantas horas mantuvo a toda una ciudad en jaque, buscando entender qué pasaba y con quién.

El telediario del mediodía, los programas de tertulia en las radios y todos los canales de televisión, en aquella mañana, habían dedicado buena parte de su tiempo a [www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net), haciendo de la web la noticia del día.

La red estuvo saturada toda la jornada, su web casi se colapsó y todas las comisarías de policía no paraban de recibir llamadas de personas que decían conocer o haber identificado el autor de aquella broma macabra, en el

concepto de algunos. Una vez contrastadas, esas informaciones no llevaban a nada o a nadie.

La Brigada de Investigación Tecnológica buscaba descubrir si se trataba de una broma, o por el contrario iba, en serio y el tiempo jugaba en su contra. Analizando las visitas a la página [www.muerteonline.net](http://www.muerteonline.net), se pusieron a investigar la primera entrada que, lógicamente, siempre está hecha por su creador.



Primero consiguieron el LOG de Acceso, donde pudieron encontrar el IP, protocolo de identificación, que siempre queda registrado al conectarse a una web. A través de <http://riper.net>, un buscador de IPs, pudieron saber cual era el proveedor.

El paso siguiente fue obtener una orden judicial para solicitar al proveedor la dirección postal de la persona que visitó la web. Así encontraron a Juvenal.

Cuando, por fin, la policía llegó a su casa acompañada de un juez y varios reporteros, encontró la llave en la puerta y un cartel colgado, como epitafio,  
CERRADO POR DEFUNCIÓN.  
PERDONEN LAS MOLESTIAS.

Después de cruzar su puerta, la frontera entre lo público y lo privado, los policías encontraron la misma imagen fantasmagórica publicada en la red.

Sobre el escritorio, al lado de la ventana, ahora cubierto por unas sábanas blancas, había un sobre también blanco, donde estaba escrito en letras grandes y negras su destinatario: A QUIEN PUEDA INTERESAR.



Manos protegidas por guantes quirúrgicos, para impedir la marca de otras huellas que no fueran las de su autor, abrieron el sobre y encontraron aquella carpeta negra con la etiqueta blanca y en ella la palabra “epilogo” seguida por las fechas de nacimiento y muerte:

\* 13 de febrero, 1920

+ 13 de febrero, 2006

Dentro yacía el testamento con las últimas voluntades de Juvenal Bravo Guerrero.